

La lucha por la fe

(La fe y sus tentaciones)

José M. Vegas

Hemos visto que la fe no es algo externo y añadido a la vida humana, sino que está enraizada en su misma entraña. Y esto es así porque somos en relación, somos nuestras relaciones, y somos fruto de relaciones. Y en la relación la fe como confianza es una condición fundamental: sólo desde la confianza y en la perspectiva de la esperanza es posible el amor verdadero, que es un amor fiel, y que es lo que nos hace ser, lo que nos realiza y nos salva.

Pero también hemos visto que existen numerosas dificultades que se oponen a la fe (y también a la esperanza, en definitiva al amor), porque somos en gran medida débiles, dependientes, llevamos en nosotros las heridas que nos hemos causado nosotros mismos con nuestros errores, pero también las heridas que nos han provocado otros, a veces sin culpa alguna por nuestra parte.

Queremos hablar hoy de estas dificultades, especialmente en lo que se refiere a la fe, y, más en concreto, a la fe religiosa, a la fe cristiana.

Estas dificultades son de diverso tipo, en ocasiones se dan mezcladas entre sí, aunque aquí nosotros vamos a tratar de verlas por separado por razones de claridad.

Como marco de nuestra reflexión vamos a utilizar la parábola del sembrador.

«Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a él, que hubo de subir a sentarse en una barca, y toda la gente quedaba en la ribera. Y les habló muchas cosas en parábolas. Decía: «Una vez salió un sembrador a sembrar. Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron enseguida por no tener hondura de tierra; pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz, se secaron. Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos, que oiga.» (Mt 13, 1-9; cf. Mc 4, 1-9; Lc 8,5-8).

1. La tentación del subjetivismo

Existe una primera tentación que hoy está muy extendida, y que considera que sí, es cierto, en algo hay que creer, pero no importa en qué. El contenido de la fe es algo que cada uno debe determinar por su cuenta, libremente, de modo que cualquier «fe» es igualmente respetable y válida. Se habla hoy de una religión a la carta, de una fe «en situación de mercado», pero se podría hablar más en general, de una fe no necesariamente religiosa (puede ser ética, o política, o de cualquier otro tipo) en la que la única condición de validez es la propia libertad.

Pero esta suposición es falsa. Es verdad que la libertad es algo importantísimo en todo este asunto. La libertad es la base de la dignidad humana, y debe estar

presente en todo lo que el ser humano hace en cuanto ser personal. No se puede ni creer ni amar «a la fuerza», sin la cooperación de la libertad, ni el consentimiento de la propia voluntad. Pero la sola libertad no garantiza que lo que se decide o se hace sea correcto o bueno. No olvidemos que la libertad es la condición para hacer el bien, pero también el mal: el que hace algo «malo» (incorrecto) sin libertad no puede ser considerado culpable por ello.

El sembrador salió a sembrar la semilla de la Palabra. No valía que esparciera cualquier cosa, ni siquiera cualquier semilla (podría haber sido cizaña). Sólo la *buena* semilla, si encuentra buena tierra, puede dar buenos frutos. Y aunque aquí estamos hablando de la fe religiosa, de la fe en Dios (que no puede ni debe ser sustituido por ninguna otra realidad, que se convertiría automáticamente en un ídolo), lo mismo vale, en su nivel, para las formas de fe que se requieren en las relaciones humanas. Hay que otorgar la propia confianza a aquellos que sean «dignos de crédito»)

Esto que decimos de la fe, podemos decirlo igualmente del amor. Lo ilustramos con un par de textos del padre de la filosofía rusa.

«No cualquier *fe* es virtud, incluso para los teólogos. No se reconoce la fe como virtud, en el caso de que su objeto no sea verdadero, o en el de que sea un objeto indigno, o en el de que trate indignamente a lo que es digno. Así, respecto del primer caso, si alguien cree firmemente en la piedra filosofal, es decir, en un polvo, líquido o gas que convierte todos los metales en oro, esa fe, al dirigirse a un objeto inexistente en la naturaleza de las cosas, se considera no virtud, sino ilusión. En el segundo caso, si alguien no se limita a la aceptación fundada de la existencia de la fuerza del mal como algo de hecho, sino que hace de esta fuerza objeto de fe, en el sentido de confianza y entrega, de modo que pacta con ella, vende su alma al diablo, etc., esta fe, dirigida a un objeto existente pero indigno y maléfico, se considera con justicia una forma extrema de degradación moral. Por fin, en el tercer caso, la fe de los mismos demonios, de los que el apóstol dice que creen (en Dios) y tiemblan (St. 2, 19), no se considera virtud, porque aunque se dirige a un objeto existente y absolutamente digno, su relación con él es indigna (con horror, en vez de con alegría, con repugnancia, en vez de con atracción). Así pues, se puede considerar virtud sólo aquella *fe en el ser supremo*, que se dirige a él *con dignidad* y, de modo más preciso, con una libre piedad filial. Y una fe así coincide plenamente con aquel sentimiento religioso que encontramos nosotros como uno de los tres fundamentos primarios de la moralidad.

A esto mismo, en lo esencial, se reduce también la segunda virtud teológica, la *esperanza*. No puede hablarse de ella cuando alguien deposita su esperanza en su fuerza o en su sabiduría, o en “los príncipes y en los hijos de los hombres” (Cf. Sal. 145, 3) o, incluso, en Dios, pero sólo por la expectativa de recibir de él bienes materiales. La esperanza se considera virtud sólo si se dirige a Dios como fuente del verdadero bien porvenir; y esta es la misma actitud religiosa fundamental, transformada por la representación del futuro y el sentimiento de expectación.»¹

Y en lo referente al amor:

¹ V. Soloviov, *La justificación del bien*, Sígueme, Salamanca, 2012, pp. 142.

«También la tercera y la más grande de las virtudes teologales, el *amor*, recibe su significado moral sólo en dependencia de ciertas determinaciones objetivas. El amor por sí mismo, el amor en general, no es una virtud, pues de otro modo todos los seres serían virtuosos sin distinción, pues no cabe duda de que todo el mundo ama algo y vive de ese su amor. Pero no se convierte en virtuoso el amor egoísta a sí mismo y a los suyos, ni el amor apasionado a los placeres naturales y antinaturales, ni el amor a los licores, a la caza o a las carreras de caballos.

“Il faut en ce bas monde aimer beaucoup de choses»,² sugiere el poeta neopagano. Un “amor» así ya ha sido reprobado de antemano por el apóstol del amor: *No améis el mundo, ni las cosas de este mundo* (1 Jn 2, 15).

Esta es la primera parte, negativa, del mandamiento del amor, que no se debe olvidar, como habitualmente se hace. Esta parte no es otra cosa que la expresión del principio fundamental del ascetismo: preservarse de la naturaleza inferior y oponerse a sus ataques. Porque el apóstol entiende por este mundo que no debemos amar, tal como resulta claro por el contexto, no a nuestro prójimo todo, ni la entera creación, que proclama la gloria de Dios, sino precisa y exclusivamente la base oscura e irracional de la naturaleza material, que se sale de la posición pasiva y potencial que le es propia e invade ilegítimamente el ámbito del espíritu humano: de esto directamente se dice que todo en el mundo es *concupiscencia de la carne*, es decir, deseo de una sensualidad sin medida, concupiscencia de los ojos, es decir, avidez, codicia y *orgullo de la vida*, es decir, vanidad y ambición (Cf. 1 Jn 2, 16).

A la prescripción negativa, *no ames el mundo*, la ética bíblica añade dos positivas: *ama a Dios con todo tu corazón* y *ama a tu prójimo como a ti mismo* (Cf. Mt 22, 35-40). Estos dos amores se distinguen entre sí con razón, porque por la peculiaridad de los objetos se define también necesariamente la peculiaridad de la relación moral debida hacia él. El amor al prójimo se define por la compasión y el amor a Dios por la reverencia. Amar al prójimo como a sí mismo significa realmente apiadarse de él como de sí, y amar a Dios con todo el corazón significa la entera entrega a Él, la total unión con su voluntad, es decir, la perfección del sentimiento y de la actitud filial y religiosa.»³

Esta primera tentación se refiere, como hemos visto, al contenido de la fe: no vale creer «en cualquier cosa». Las que vienen a continuación suponen la fe en Dios, pero representan formas erróneas o defectuosas de fe. Algunas de ellas nos empujan a ponernos fuera de la fe en Dios; otras, permanecen dentro de ella, pero de modo insuficiente.

2. En los márgenes de la fe

La semilla que cae al margen del camino habla de un rechazo total de la Palabra de Dios, que, aplicado al caso de la fe, significa o un rechazo total de la existencia de Dios (esto significa estar por completo «fuera» de la fe), o un rechazo de su

² «En este mundo pecador hay que amar muchas cosas» (en francés en el original). Verso del soneto «A M. Victor Hugo», del poeta francés Alfred de Musset (1810-1857). La cita exacta suena así: «Il faut, dans ce bas monde, aimer beaucoup de choses». (N. del T.)

³ V. Soloviov, *Ibíd.*, p. 143-144.

presencia en mi vida (aquí se está en cierto sentido dentro del ámbito de la fe, pero se deja al Dios que llama fuera de la puerta de mi casa).

2.1. La tentación intelectual: el Ateísmo

«Unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron... Sucede a todo el que oye la Palabra del Reino y no la comprende, que viene el Maligno y arrebató lo sembrado en su corazón: éste es el que fue sembrado a lo largo del camino».

Hicimos ayer alguna alusión al «ateísmo científico». El ateísmo, la negación de la existencia de Dios es una posibilidad real, porque, como reconoce el mismo Sto Tomás de Aquino, Dios no es evidente para nosotros por la limitación de nuestro conocimiento, aunque es posible llegar a demostrar sus existencia por medio de la razón natural.

El ateísmo suele argumentar por medio de evidencias racionales a partir de nuestra experiencia. Por ello ha sido el desarrollo científico el que ha potenciado enormemente los argumentos a favor del ateísmo. Si Dios es un objeto que, por definición, está fuera de nuestra experiencia, y es nuestra experiencia lo que determina la posibilidad y la realidad de la existencia de algo, significa que ese objeto invisible (inaudible, intocable...) por definición no existe. Se trata de un objeto fantástico, mitológico, fruto de la imaginación humana, de las emociones, especialmente las relacionadas con el temor al futuro y a la muerte.

Pero, como también dijimos entonces, el ateísmo científico falla más en la segunda parte del término que en la primera. Ser ateo es posible, pueden exhibirse razones para no creer en Dios. Pero pretender que esas razones estén avaladas por la ciencia es un absurdo que no tiene ningún fundamento en la ciencia. La ciencia no se ocupa del problema de Dios: se ocupa de los procesos que suceden en el mundo y de las regularidades que los rigen (las leyes). Pero la ciencia da por supuesta la existencia del mundo, sin preguntarse realmente por su origen, su causa primera y su finalidad (estas preguntas no son propias de la física –ciencia– sino de la meta-física). Otra cosa es que un científico se haga esas preguntas metafísicas, lo cual es totalmente legítimo; pero no en cuanto científico, sino en cuanto hombre interesado en cuestiones metafísicas. Y si utiliza argumentos tomados del ámbito científico, debe saber que no está haciendo ciencia, sino precisamente metafísica. Si no, debería estar dispuesto a demostrar la no existencia de Dios de manera empírica, por ejemplo en un laboratorio, lo que es a todas luces absurdo.

Se puede tratar de demostrar racionalmente la existencia de Dios a partir de ciertos rasgos de nuestro mundo; se puede, naturalmente, negar que esos rasgos permitan realizar esa demostración, y concluir el agnosticismo. Pero si alguien pretende negar la existencia de Dios en argumentos empíricos, habría que decirle (o preguntarle) si es que él ha estado absolutamente en todos los rincones del universo y fuera de él, como para poder afirmar que no existe aquello que niega.

El único modo de negar racionalmente la existencia de Dios es mostrar que el concepto de Dios (un Ser absoluto, autosuficiente, infinito, etc.) es lógicamente

contradictorio. Pero esto es algo que prácticamente nadie ha tratado de hacer (tal vez Sartre, pero de un modo retórico, más que lógico).

En donde sí que podemos encontrar una palmaria contradicción (o, al menos, una grave inconsistencia) es en la expresión «ateísmo científico», que vendría a ser lo mismo que un círculo cuadrado o, mejor, un ateísmo «culinario»: para hacer plof no hace falta creer en Dios.

Los ateos científicos suelen estar bastante poseídos de sí mismos, creyendo que son representantes exclusivos de la razón, mientras que los pobres creyentes son presa de sus (irracionales) emociones. Por eso, suelen mirar o con desprecio o con condescendencia a los pobres creyentes, que no han llegado, al parecer, al nivel del uso autónomo de su razón (a la Ilustración, vamos).

De todos modos, el ateísmo no es un fenómeno nuevo, ya existía en la antigüedad, incluso entre los judíos. Los saduceos eran una secta poderosa que controlaba el templo, pero no creía ni en la resurrección de los muertos, ni en la vida eterna. Creían en una especie de dios protector de los asuntos de este mundo, que se mostraba, al parecer bastante benévolo sobre todo con ellos, a los que no les iba en absoluto mal. Aunque no fuera el suyo un ateísmo en sentido estricto, ni mucho menos un ateísmo científico, tenían en común con este último precisamente su sentimiento de superioridad sobre los creyentes, y su desprecio por ellos. Ese desprecio se refleja con mucha claridad en uno de los pocos encuentros que tuvieron con Jesús (aparte del proceso que le llevó a la Cruz), en el que se acercaron a él con la clara intención de ridiculizar la fe en la resurrección.

«En aquel tiempo se acercaron a Jesús algunos de los saduceos, esos que sostienen que no hay resurrección, y le preguntaron: Maestro, Moisés nos dejó escrito que si muere el hermano de alguno, que estaba casado y no tenía hijos, que su hermano tome a la mujer para dar descendencia a su hermano. Eran siete hermanos; habiendo tomado mujer el primero, murió sin hijos; y la tomó el segundo, luego el tercero; del mismo modo los siete murieron también sin dejar hijos. Finalmente, también murió la mujer. Esta, pues, ¿de cuál de ellos será mujer en la resurrección? Porque los siete la tuvieron por mujer. Jesús les dijo: Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven». (Jk 20, 27-38)

La falta de fe de los saduceos se ve en que para ellos la única supervivencia posible era la de la propia descendencia, que era el fundamento de la ley del levirato. Pero que la pregunta va con mala intención se echa de ver en el absurdo en que concluye para un israelita de aquel tiempo: el deseo de asegurar la descendencia y la supervivencia en este mundo, si se proyecta en el otro produce un harén de hombres con una sola mujer.

Jesús con su respuesta los pone en su sitio. Les dice, en primer lugar, que no se pueden trasladar sin más las estructuras de nuestro mundo al del más allá. Y, sobre todo, que el absurdo está, no en la fe en la resurrección, sino en la propia posición

saducea, que pretende que Dios es el creador del mundo y de la vida, pero lo ha creado todo para la muerte. Los padres (Abraham, Isaac y Jacob) no son para ellos sino cadáveres, de los que sólo queda el nombre y un cierto recuerdo. Jesús, al decirles que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob es un Dios de vivos, evoca las palabras del libro de la Sabiduría: «que no fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes; él todo lo creó para que subsistiera, las criaturas del mundo no saludables, no hay en ellas veneno de muerte ni imperio del Hades sobre la tierra» (Sab. 1, 13-14).

Y es un Dios de vivos porque Él mismo está vivo. De esta manera, Jesús sitúa la fe en Dios en el ámbito propio de la relación interhumana. Los saduceos la entienden en el ámbito equivocado de la relación con las cosas (el bienestar y la riqueza): la mujer y los hijos como objetos de posesión. La verdadera fe es una relación interpersonal. Y, como ya hemos visto, allí donde se da la relación interpersonal verdadera, todo confluye en el amor. Y, como ya hemos visto, el amor es la afirmación del otro en cuanto otro, decir «te amo» significa decir: «quiero que vivas siempre». Y el Dios Amor no puede ser sino un Dios que salva de la muerte, que afirma la vida, que la transforma y la conduce a su plenitud (eso significa que «serán como ángeles»).

La relación religiosa nace originariamente de la relación de los niños con sus padres, a los que perciben como un Poder absoluto y benéfico (como una Providencia). Esta relación con la realidad superior se mantiene incluso cuando, al crecer, los niños descubren que sus padres no son todopoderosos. Y de esa realidad superior, como quiera que se entienda, dependen todas las demás exigencias de tipo moral: la exigencia del control de sí mismo (de las inclinaciones, pasiones, etc.), y la de las relaciones justas con los demás. Pero si esa realidad superior es algo ciego, inerte, y carente de valor (por ejemplo, la materia), todas esas exigencias pierden sentido.⁴

2.2. Fe sin raíces

«Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron enseguida por no tener hondura de tierra; pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz, se secaron ... El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la Palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumba enseguida».

⁴ Aceptado que el ser humano (real y concreto) no es la realidad suprema, sino que hay inevitablemente por encima de él realidades que le exceden, la pregunta procedente al respecto es si aquello de lo que dependo, tiene sentido o carece de él. Si lo que nos supera carece de sentido, si es algo casual, irracional, carente de valor, puramente fáctico y ciego (por ejemplo, si se reduce a la materia), entonces también las normas del autocontrol y de la relación justa con los demás pierden su sentido: hacer el bien tiene sentido solo si ese bien es algo real, objetivo, en sí valioso, si hay un orden moral absoluto, no ficticio o meramente aparente (que se reduce a función biológica, genética, etc.), es decir, solo si existe Dios. De ahí que, en último término, todas las exigencias de la moralidad reciben su sanción racional de aquella tercera relación que abre al hombre a la dimensión religiosa: los dictados de la razón (autocontrol y solidaridad) tienen sentido si el bien que nos lo exige no es una ilusión subjetiva, sino que tiene un fundamento real que expresa la verdad: sin esta fe no se cree en el sentido de la propia vida, y esto significa renunciar a la dignidad del ser racional.

No cabe duda de que en la fe cristiana existe un elemento fascinante, atractivo. El mandamiento del amor, la idea de la fraternidad universal, las bienaventuranzas... No es de extrañar que Jesús reuniera en torno a sí a multitudes, que suscitara enormes expectativas, que muchos, incluso, quisieran proclamarlo rey.

Sin embargo, en la vida de Jesús encontramos también lo contrario. Porque la fuerza atractiva, incluso la belleza, de la propuesta evangélica se topa siempre con exigencias de difícil cumplimiento.

La ley del amor es muy bella en teoría, pero en la práctica es muy difícil de cumplir, pues contradice nuestras inclinaciones naturales. Si hemos de ser sinceros, la ley de la venganza es mucho más sencilla (y dulce, en ocasiones): amar a los enemigos significa en la práctica renunciar a sí mismo, y perdonar siempre (que es lo que significa «setenta veces siete», Mt 18, 22) nos aparece imposible, puesto que todos tenemos nuestros límites. Por eso, la decisión de dejarlo todo y seguir a Jesús, acaba siendo difícil, puesto que estamos apegados a muchas cosas.

Por este motivo, nos encontramos con el rechazo abierto de muchos discípulos de Jesús: «Muchos de sus discípulos al oírle, dijeron: «Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?» ... Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y yo no andaban con él» (Jn 6, 60. 66).

Estas exigencias se extienden además a muchos aspectos concretos de la vida cotidiana: el matrimonio, la responsabilidad por los hijos, el trabajo, nuestra relación con los más pobres... No se trata sólo del «amor» en general, en abstracto, sino de exigencias que se reflejan en prácticamente todos los aspectos de la nuestra existencia.

Y muchos no están dispuestos a aceptarlas. Hay que tener en cuenta que las palabras de lo que se echaron atrás responden al discurso de Jesús del pan de vida, que no habla de la Eucaristía en sentido meramente sacramental (el pan que se convierte en carne de Cristo, el vino en sangre), sino en un sentido real y concreto: el cuerpo que se entrega, la sangre derramada. No es que el pan se convierta en carne (en una especie de milagro físico-químico), sino la carne de Cristo la que se hace pan que nos alimenta, en un milagro de amor extremo.

Pero si hay gentes que se van, también encontramos estas dificultades en los que se quedan dentro. En Cesárea de Filipo⁵ (Mt 16, 13-22), Jesús pregunta a los

⁵ «Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?”. Ellos le respondieron: “Unos dicen que es Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas”. “Y vosotros, les preguntó, ¿quién decís que soy?”. Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Y Jesús le dijo: “Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo”. Entonces ordenó severamente a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era el Mesías. Desde aquel día, Jesús comenzó a anunciar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho de parte de los ancianos, de los sumos sacerdotes y de los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar al tercer día. Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo, diciendo: “Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá”. Pero él, dándose vuelta, dijo a Pedro: “¡Retírate, ve detrás de mí, Satanás! Tú eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”.» (Mt 16, 13-23).

discípulos quién consideran que es Él, y Pedro en nombre de todos responde correctamente, confesando que es el Cristo. Y Jesús lo bendice y le confía su Iglesia. Pero cuando Jesús les revela los aspectos duros y difíciles de su mesianismo, Pedro se rebela y rechaza la cruz.

Esto nos sucede con frecuencia a los cristianos, que confesamos a Cristo de manera ortodoxa, pero rechazamos la cruz, las exigencias derivadas de esa misma fe. Cristo, sí, pero, por favor, sin la cruz.

Se trata de una fe superficial, sin raíces, sin profundidad. A veces es resultado de una mera tradición cultural o nacional (ser ortodoxo porque se es ruso, o católico por ser polaco o alemán), como una especie de barniz que no penetra en las entrañas y las convicciones profundas de nuestra vida. Naturalmente, en cuanto surgen dificultades, dejamos la fe a un lado: o la abandonamos, o la mantenemos de manera puramente formal.

Esas dificultades pueden ser externas, como cuando el entorno social no es propicio, no está bien visto ser cristiano, o católico, cuando hay peligro de persecuciones cruentas (peligro de muerte, amenaza de martirio) o incruentas (como la ridiculización de los creyentes, su marginación social, etc.). Es importante caer en la cuenta que estas posibilidades ya se daban en tiempos de Jesús. Basta recordar el episodio del ciego de nacimiento, cuando los padres del ciego de nacimiento eluden responder con claridad, porque «temían a los judíos, pues los judíos se habían puesto de acuerdo en que, si alguno le reconocía como Cristo, quedara excluido de la sinagoga» (Jn 9, 22) También Marcos se refiere a esto mismo cuando dice que «Iban de camino subiendo a Jerusalén y Jesús marchaba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos y los que le seguían tenían miedo» (Mk 10, 32).

Pero también pueden ser internas, cuando me suceden en la vida cosas que exigen de mí determinadas decisiones difíciles, sacrificios, renunciaciones. En un caso y en otro sucede lo que explica Jesús en la parábola del sembrador:

«El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la Palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumba enseguida.»

Ese barniz cristiano de nuestra vida, puramente superficial, parece florecer, pero se agosta enseguida.

Es una fe sin fidelidad y, por tanto, sin amor; es decir, una fe, si no falsa, completamente insuficiente (es una fe sólo incipiente, que no ha madurado).

3. Dentro (creer), pero no bastante.

«Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron... El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la Palabra, pero los preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y queda sin fruto.»

3.1. La tentación de «la seriedad»

Lo que describe aquí Jesús se puede dar de muchas formas. Una muy frecuente es la que acontece cuando se pasa de la infancia a la juventud, y de modo similar, de la juventud a la edad adulta. En la vida suceden cosas que captan toda nuestra atención, que nos «ocupan» casi del todo. Descubrimos el sexo y el amor (nos enamoramos), o comenzamos estudios universitarios, o después comenzamos a trabajar, fundamos una familia, tenemos hijos... Ante estas realidades que ponen de relieve nuestra libertad, nuestra responsabilidad, podemos tener la sensación de la que la fe (recibida muchas veces de la familia, en la infancia) es cosa de niños, algo infantil, poco adecuado a la edad en que me encuentro.

Un empieza a ocuparse de cosas «serias», importantes, urgentes, que no nos dejan ni tiempo, ni ganas, ni atención para la fe.

Puede ser incluso que consideremos la fe cosa importante, valiosa, pero, en el fondo, hay otras urgencias que nos impiden dedicarle tiempo (ya quisiéramos, pero...), otros valores que cotizan más algo en la bolsa de nuestro corazón y por los que estamos dispuestos a venderlo todo. Nos recuerda todo esto esa otra parábola de Jesús en que compara el Reino de los cielos con un banquete de bodas:

«Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos; a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados: “Venid, que ya está todo preparado.” Pero todos a una empezaron a excusarse. El primero le dijo: “He comprado un campo y tengo que ir a verlo; te ruego me dispenses.” Y otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego me dispenses.” Otro dijo: “Me he casado, y por eso no puedo ir.” Regresó el siervo y se lo contó a su señor. Entonces, airado el dueño de la casa, dijo a su siervo: “Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos.” Dijo el siervo: “Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio.” Dijo el señor al siervo: “Sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar hasta que se llene mi casa.” Porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena» (Lc 14, 15-24)

Es claro que todos aquellos invitados de primera hora consideraban la boda del hijo del rey muy importante, y puede ser que se sintieran muy halagados por la invitación, pero en su escala de valores había otros más importantes que les impidió aceptar la invitación.

Dios está siempre llamándonos, invitándonos, esperándonos, pero no siempre estamos dispuestos a acoger su llamada, su invitación, porque estamos muy ocupados en cosas que nos parecen más importantes.

A veces esas ocupaciones «más importantes» pueden ser muy buenas, incluso santas: trabajar por los pobres, predicar el evangelio... Pero pueden ser zarzas que impiden fructificar la semilla, si es que no están fundadas en una relación personal y viva con Jesús. Podemos hablar mucho de Dios, y olvidarnos de hablar con Dios.

Es muy importante caer en la cuenta de que, pese a lo que pudiera parecer, no se trata de que haya una incompatibilidad entre unas ocupaciones y otras. Pues el trabajo, la familia, las aficiones... pueden ser también parte de nuestras ocupaciones propias del Reino de los cielos, si los hacemos en el espíritu de Cristo, del Evangelio, como expresión de nuestra vocación y nuestro seguimiento.

3.2. El escándalo de la Iglesia

Existe una última «tentación» contra la fe que proviene precisamente del ámbito mismo en el que la fe se transmite y, habitualmente, se vive. Se trata precisamente de la Iglesia. La Iglesia es, en su visibilidad, un grupo humano, demasiado humano, una institución que contiene también las limitaciones propias de toda institución humana.

Para muchos la Iglesia es el principal obstáculo para la fe. Se escandalizan (nos escandalizamos) de los pecados de la Iglesia, de los pecados de sus miembros.

Es muy comprensible. Jesús mismo advierte de la enorme gravedad de los que provocan escándalo: «Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar» (Mt 18, 6).

Pero es el mismo Dios el que ha elegido correr el riesgo de la encarnación, asumiendo con todas sus consecuencias nuestra realidad humana. Jesús mismo ha querido actuar no en la soledad del héroe, sino en comunidad, eligiendo a sus apóstoles, a sus discípulos. Eran gentes limitadas, temerosas, con ambiciones⁶, inclinados a la violencia⁷, que abandonaron a Jesús en el momento final, uno de ellos, Judas, incluso lo traicionó, y Pedro, el primero de ellos, lo negó tres veces. Es decir, Jesús no elige a superhombres, a gentes extraordinarias, sino a gente normal, como todos nosotros. Él llama, pero ellos deben responder. De ellos depende tomar decisiones que les llevan a la fidelidad o a la traición.

Esa comunidad de hombres y mujeres en torno a Jesús es la Iglesia. Para seguir a Jesús hay que incluirse en el grupo de los discípulos. Seguir a Jesús pero rechazar el grupo es un imposible.

Pero como ese grupo es tan limitado e imperfecto, existe la tentación de decir: sí, yo creo en Jesús, acepto lo que dice, me gusta lo que hace. Pero rechazo ese grupo que le acompaña y que oculta y vela su doctrina.

Aquí está el problema principal. Aceptar a Cristo sin aceptar al grupo que le acompaña y que Él mismo ha elegido significa reducir a la persona de Cristo (a la Palabra viva) a una doctrina, una moral o una filosofía de la vida. Pero sin relación personal con Él. Creer en Cristo sin creer en la Iglesia es lo mismo que creer en Cristo sin Cristo.

Porque la Iglesia es más que un grupo humano o una institución religiosa. Por la presencia del mismo Cristo en medio de sus discípulos, la Iglesia es Cuerpo de Cristo.

Es verdad que es un cuerpo herido, precisamente por los pecados de sus miembros. Pero ante las heridas del cuerpo de Cristo, huellas de la Cruz, no hay que rechazar el cuerpo, sino tocar las heridas.

⁶ Cf. Mt 20, 20-24: La madre de Santiago y Juan pidiendo privilegios; Lc 22, 24: los discípulos discuten sobre quién es el mayor

⁷ «Señor, ¿Quieres que hagamos bajar fuego del cielo y los consuma?» Lc 9, 54.

Aquí tenemos que referirnos necesariamente a dos textos que nos hablan de las heridas de Cristo y de sus discípulos.

El primero es el encuentro de Jesús Resucitado con el incrédulo Tomás (que no podía ver al Señor resucitado porque no estaba en la comunidad de los discípulos).

«Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: -“Hemos visto al Señor.” Pero él les contestó: -“Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.” A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -“Paz a vosotros.” Luego dijo a Tomás: -“Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.” Contestó Tomás: -“¡Señor mío y Dios mío!” Jesús le dijo: -“¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.” Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Jn 20, 24-29)

Tomás se parece mucho a esos cristianos que dicen creer en Cristo pero no en la Iglesia. Amaba a Jesús, por eso aguantaba al resto. Pero una vez muerto Jesús ya no quiso tener nada que ver con ellos. Se negaba reunirse con ellos «el primer día de la semana» en el que ellos, según se deduce de los textos, realizaban el memorial de la Pasión. Por no ir a esas «misas», Tomás no pudo ver al Señor, experimentar su presencia viva, y no sólo su recuerdo muerto. Ni siquiera el testimonio de los otros le pareció suficiente. De ahí su exigencia de «tocar las heridas». Podemos entender esa alusión a las heridas de Cristo como un reproche por los defectos de la Iglesia: «qué vais a ver vosotros al Señor Resucitado, siendo como sois, llenos de defectos y pecados...». Pero, finalmente, se avino a reunirse con ellos, con la condición de creer sólo si podía tocar las heridas.

Tocar las heridas significa negar los problemas, los conflictos, los pecados de los miembros de la Iglesia, en un falso misticismo que olvida nuestra condición humana. Tocar las heridas significa afrontar con humildad y valentía esas debilidades que Jesús ha tomado sobre sí (somos nosotros los que le herimos), y buscar con espíritu evangélico (en la presencia de Jesús y reunidos en torno a Él) las soluciones adecuadas. No creemos en Cristo a pesar de las heridas que lleva en su cuerpo, sino que lo confesamos («Señor mío y Dios mío») precisamente cuando lo descubrimos herido. En este sentido, Tomás es un apóstol (un discípulo) muy necesario, porque nos ayuda a profesar nuestra fe con realismo, sin falsos espiritualismos.

Nosotros mismos nos parecemos a Tomás (que significa «Mellizo»), cuando por las heridas de Cristo, los pecados de la Iglesia, tendemos a alejarnos de ella. Pero podemos parecernos a Él volviendo a la comunidad, tocando las heridas, confesando al hacerlo la presencia real de Cristo en su comunidad.

«Sus heridas nos ha curado» dice Pedro (1 P 2, 24) citando al profeta Isaías (Is 53, 5).

Pedro sabía muy de lo que hablaba al decir esto. Debemos recordar el segundo texto, en el que descubrimos no sólo las heridas del cuerpo de Cristo, sino las heridas del alma discípulo, que precisamente provocaron las primeras.

«Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: “Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?” Le dice él: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Le dice Jesús: “Apacienta mis ovejas”. Vuelve a decirle por segunda vez: “Simón de Juan, ¿me amas?” Le dice él: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Le dice Jesús: “Apacienta mis ovejas”. Le dice por tercera vez: “Simón de Juan, ¿me quieres?” Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: “¿Me quieres?” y le dijo: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero”. Le dice Jesús: “Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras”. Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: “Sígueme”» (Jn 21, 15-18).

Podemos quejarnos de los pecados de la Iglesia, de los curas, de los obispos... Pero no debemos olvidar que esos pecados son también los nuestros. La madurez de la fe significa reconocer con humildad los propios pecados, y confiar en que sólo el amor de Cristo, muerto en la cruz y resucitado, puede salvarme. Pero eso significa aceptar también la responsabilidad por los hermanos, tomar sobre sí la misión de la Iglesia.

Cuando Jesús manda a Pedro «pastorea mis ovejas», resuenan en nuestros oídos las otras palabras de Jesús «El buen pastor da su vida por sus ovejas» (Jn 10,11).

La madurez del seguimiento pasa por la experiencia de la cruz. Esa experiencia no es triunfal, de forma que deja de nosotros mismos la imagen de una persona íntegra, irreprochable, una especie de sabio griego, lleno y satisfecho de sí mismo, un superhombre nietzscheano que se afirma a sí mismo con orgullo. La experiencia de la cruz pone a prueba nuestras debilidades, revela nuestras resistencias más íntimas, nuestras negaciones latentes. Deja en nosotros jirones y cicatrices. El Pedro maduro que encontramos junto al lago es un Pedro herido más que plétórico (de ahí su tristeza ante la insistencia del interrogatorio de Cristo). Pero es también la imagen del discípulo en sentido pleno. Ya no hay en él la voluntad de enmendarle la plana a Dios y al tipo de mesianismo que Él ha dispuesto en Cristo («¡lejos de ti!»). Ni la arrogancia y seguridad de otros pasajes, de otros tiempos («¡yo daré mi vida por ti!»; «Aunque todos te abandonen, ¡yo no!»). Consciente de su debilidad, Pedro reconoce ahora que sólo la fuerza del amor es capaz de salvar al hombre: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». La madurez es ahora apertura y confianza. Pedro se ha convertido en un servidor: «Pastorea mis ovejas». En alguien, que totalmente confiado —hombre de fe en sentido pleno— se deja llevar por Dios: «Cuando eras joven tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras».

4. La decisión de la fe (Решение верить)

«Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. ... El que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la

comprende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.»

Si Jesús, pese a todo (pese a todos los peligros e incomprendiones) lanza la semilla, dirige su Palabra a todos es porque sabe que también hay buena tierra, capacidad de acoger la Palabra y hacerla fructificar.

Pero aquí hay que insistir en lo que ya, en cierto modo, hemos dicho: la fe (junto con la esperanza) es condición del amor. Esto significa que no es un punto de llegada, sino un punto de partida.

4.1. El punto de partida de la fe. La fe como don, gracia y llamada

Un francés de origen judío y de una familia atea, de ideología maoísta, Fabrice Hadjadj, nacido en 1971 y convertido al catolicismo en 1998, que se presenta como «un judío de nombre árabe y confesión católica» dice al principio de su libro *La fe de los demonios (o el ateísmo superado)* que no le gusta dar testimonio de su conversión, porque se crea la sensación de que la fe es un punto de llegada y no un punto de partida. Se puede creer en Dios y vivir en contra de su voluntad, como decíamos al principio, citando a Soloviov, que cita a su vez al apóstol Santiago: «Ты веруешь, что Бог един: хорошо делаешь; и бесы веруют, и трепещут» (2, 19). Es decir, esa fe puede ser claramente insuficiente: subjetivista, formal, teórica, mental, pero que no se convierte en esa confianza que es la condición del amor.

Para que la fe se mantenga, crezca y madure es preciso entrar en una relación personal con Cristo Jesús. Es decir, es necesario no quedarse en la orilla oyendo sin escuchar, si entender. Hay que entrar en el agua, subirse a la barca en la que se sienta Jesús y preguntarle, como hicieron los discípulos, por el significado de sus palabras. Es en este diálogo vivo y personal con Cristo como la fe se convierte en una semilla que cae en buena tierra y da fruto abundante.

Un ejemplo muy claro de esa búsqueda, ese encuentro y ese diálogo vivo con Jesús lo encontramos al comienzo del evangelio de Juan:

«Estaba Juan con dos de sus discípulos. Al ver que Jesús pasaba, dijo: “Este es el cordero de Dios.” Al oír esto, los discípulos siguieron a Jesús. Jesús se vuelve y al ver que lo siguen les pregunta: “¿A quién buscáis?”. Le contestaron: “Maestro, ¿Dónde vives?”. Jesús les dijo: “Venid y veréis”. Fueron y vieron dónde vivía. Eran como las cuatro de la tarde; y se quedaron con El el resto del día». (Jn 1, 35-39)

Queremos subrayar en este encuentro dos elementos fundamentales:

- El papel de Juan el Bautista. En la fe siempre hay un momento de recepción: alguien nos ha dicho «este es el Cordero de Dios». La familia, la procedencia nacional, la mediación de otras personas... Cada uno tiene su particular Juan el Bautista. Esta recepción tiene mucho que ver con el concepto de tradición, en ruso «предание», alguien «da» algo a «alguien». Pero esto no es suficiente. Si esto fuera así, lo dado, recibido y meramente conservado se convertiría en un mero tradicionalismo.
- Al momento profético debe seguir el deseo de una experiencia de encuentro personal, para que la fe no sea, como ya hemos dicho antes, un mero rasgo cultural o nacional pasivamente recibido. Ese momento de

experiencia personal es el que expresa el breve diálogo: Qué queréis, Maestro, ¿dónde vives?, Venid y veréis. Ese «venid y veréis» ya nos indica que la fe no es una confianza ciega, apoyada en nada o solo en un sentimiento indefinido (de inseguridad o de miedo o de lo que se quiera). Como la confianza en las relaciones interpersonales implica acoger lo que no se ve, pero apoyados en los signos (palabras, gestos...) procedentes del otro, aquí también Dios nos ofrece los signos suficientes que nos invitan a confiar, aunque no nos ofrezcan la seguridad absoluta que acabaría siendo una imposición que forzaría nuestra libertad. La fe, pues, no es una confianza ciega sino «vidente»: el que se acerca allí dónde vive Jesús puede ver.

4.2. El camino del seguimiento. La fe como respuesta y responsabilidad.

Dios, Jesús, llama, pero el ser humano debe responder, tomar una decisión, emprender un camino. La fe, como la vocación, es un don, pero conlleva también una responsabilidad (una respuesta).

Este don se entrega a una persona libre, con capacidad de decisión, que debe hacer fructificar el don recibido. No podemos no recordar aquí la parábola de los talentos.

«Porque el reino de los cielos es como un hombre que al emprender un viaje, llamó a sus siervos y les encomendó sus bienes. Y a uno le dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y se fue de viaje. El que había recibido los cinco talentos, enseguida fue y negoció con ellos y ganó otros cinco talentos. Asimismo el que había recibido los dos talentos ganó otros dos. Pero el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido los cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: “Señor, me entregaste cinco talentos; mira, he ganado otros cinco talentos.” Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel; en lo poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.” Llegando también el de los dos talentos, dijo: “Señor, me entregaste dos talentos; mira, he ganado otros dos talentos.” Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel; en lo poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.” Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: “Señor, yo sabía que eres un hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; mira, aquí tienes lo que es tuyo.” Pero su señor respondió, y le dijo: “Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Debías entonces haber puesto mi dinero en el banco, y al llegar yo hubiera recibido mi dinero con intereses. Por tanto, quitadle el talento y dádsele al que tiene los diez talentos.” Porque a todo el que tiene, más se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.» (Mt 24, 14-29)

Vivir la fe pasivamente, de manera subjetiva, individual, sólo para sí, como algo meramente privado, es una forma de tomar el talento y enterrarlo bajo tierra. Es necesario que el talento produzca, o, con la otra comparación que la semilla crezca y dé fruto. Esto significa, de nuevo, dos cosas complementarias:

- La fe debe ser alimentada. La fe no «se tiene» como quien tiene un mueble. Si no se alimenta activamente se debilita y muere (aunque se mantenga como un sistema de ideas), porque no dinamiza la propia vida. ¿Cómo alimentar la propia fe? En primer lugar por medio de la oración (el trato personal con Cristo) y los sacramentos de la Iglesia. Los sacramentos son signos que realizan lo que significan: en el comienzo de la vida, de la adolescencia y la madurez, en la experiencia de la debilidad física y moral, en la experiencia del servicio a la comunidad... en todos esos momentos Cristo se hace presente, nos llama, nos está salvando.

Pero, además, la fe, si es una fe viva debe ser confesada y testimoniada. Y esto se hace con palabras y con obras, las obras de la fe que son, como ya sabemos, las obras del amor. La fe debe traducirse en «frutos de caridad para la vida del mundo» (OT 16).

Vemos cómo al verdadera tradición recibida como don es un movimiento dinámico, un camino de seguimiento de Cristo que implica una responsabilidad en relación con al Iglesia (participación en su misión evangelizadora, según la propia vocación) y con el mundo, que debe ser transformado según los designios salvíficos de Dios. La tradición (tradere) implica necesariamente progreso. Pero muy distinto del moderno progresismo, que trata de transformar el mundo con sus propias fuerzas, construyendo torres de Babel e ignorando a Dios. Si el tradicionalismo es un don recogido y conservado sin responsabilidad, el progresismo es una voluntad de responsabilidad sin gracia, sin don (un utopismo que se acaba volviendo contra el ser humano).

Conclusión: la fe no es un seguro de vida (o es un seguro de vida... eterna)

Es muy importante que la fe no nos asegura el bienestar o el éxito en esta vida. Contra lo que muchos dicen, no es cierto que las desgracias que nos suceden en este mundo son un castigo por nuestros pecados, ni los éxitos son premios por estar a bien con Dios. No debemos olvidar que seguimos a uno que, en una óptica puramente humana, fracasó muriendo en la cruz.

Su victoria es de otro tipo: su derrota se convirtió en una victoria porque entregó libremente su vida por amor : su victoria no es económica, social o militar , es una victoria sobre el pecado y la muerte. Es la victoria en la que podemos participar ya en esta vida (en esto consiste entrar en el Reino de los Cielos, ya en este mundo), viviendo ya desde ahora, por medio de la fe y los sacramentos la nueva vida del Resucitado, eso sí, experimentando de múltiples formas la presencia de la cruz en nuestra vida.

Cristo mismo nos lo ha advertido: «En el mundo tendréis tribulación. Pero, ¡ánimo!: yo he vencido al mundo » (Jn 16, 33).